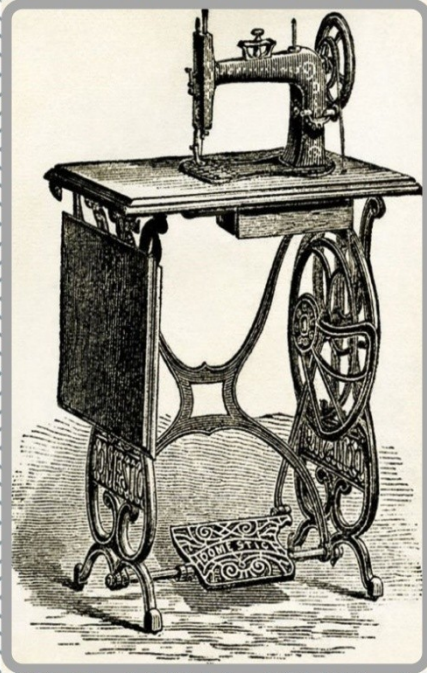


La Casa



Mario Celis Cobena

“—Con quién hablas? —Preguntó la mujer.

—Con el inglés disfrazado de tigre que apareció en el campamento del coronel Aureliano Buendía —respondió el coronel. Se revolvió en la hamaca, hirviendo de la fiebre—. Era el duque de Marlborough...!”.

“El Coronel no tiene quien le escriba”.

Pag. #17

Gabriel García Márquez.

—La Casa—

(“...El malvado descansa algunas veces; el necio jamás...!”)

Pag. 225

...Hoy recuerdo con especial cariño la casa de mis abuelos. Era sencilla, fresca, musical; y, sobre todo mágica —evocó Hilario, en primer lugar—. También grande pero sin que obrase en ello pretensión arquitectónica alguna.

Algo parecida a la de las pequeñas historias y cuentos de hadas, perdidas en los bosques célticos, especialmente de Gales e Irlanda. En todo caso, como la mayoría de las existentes entonces en mi vecindario, en el pueblo de La Atascosa.

Fue construida en su totalidad con los mismos materiales provistos por el entorno que la rodeaba; básicamente arena, piedra, arcilla, agua, paja y, madera; entre otros, que en realidad no eran tantos. Aunque actuaba también en ella otro elemento, desconocido y de

difícil apreciación a simple vista; que tan sólo podía intuirse sin embargo y, no por todo el mundo. Moviéndose elusivo en los aires que de sólo lo la envolvían. Dando al observador una vaga idea de su intervención en ella a medida que se le aproximaban y, con lo mejor de su propia espiritualidad, de ese algo invisible que de pronto algunas veces, los hacía creer que de seguro aquello le nacía de un mágico encanto impuesto como por las hadas y los elfos.

...Era entonces cuando se la veía emerger de las profundidades del suelo desde un punto de vista material y, naciente de allí mismo de donde obtenía su propio sustento, como si hubiera sido de antemano concebida en su estructura corpórea, en continuación natural con el globo. Siendo en sí al igual que todas las de su tipo, el más genuino producto de la tierra como tal; o, si se quiere, la continuación artesanal y esotérica del

planeta. En un impecable proceso tan maravilloso e igual que el observado en la majestuosidad de los grandes árboles; por lo tanto, estaba allí en su lugar, erguida y con una cierta altivez, sembrada en su propio asiento como lo estaban aquellos.

Poseía las mejores características para hacerle frente a los diferentes cambios estacionales, propios de las regiones llaneras. Lo único extraño en su conformación física, si se quiere, eran sus pocas partes de origen metálico –cuando las había–, representadas casi exclusivamente por hierro y zinc; desde los simples clavos cabezones hechos con el primero de los nombrados, sostén de las pencas en el techo, fabricadas éstas a su vez en el otro material, el más suave de ellos. Pasando por las bisagras, picaportes y, aldabas, de las puertas y ventanas; hasta las alcayatas donde en el estío se colgaban los chinchorros.

Estaba constituida por unas sólidas y altas paredes de bahareque blancamente encaladas, ensambladas entre esbeltos horcones de Roble o, Acapro, en cuya cima se entrecruzaban formando una simple aunque efectiva red de sólidas viguetas amarradas por alfajías, lo que sería la armazón sobre la cual se sostenía la techumbre; a dos aguas con sus agresivas pendientes, en la parte delantera.

...Una de las cuales drenaba hacia la calle de en frente a través de un agrisado canalón de hierro galvanizado que usualmente tenía conectado dos gruesos bajantes del mismo metal, uno en cada extremo –Este y Oeste– y, hasta abajo, pero desportillado aquel en su conexión con el del lado derecho pareciendo que de un momento a otro se desprendería.

"...Del que recuerdo en que alegre jugaba cuando niño en la acera hacia la

calzada, bañándome con todo y ropa con el chorro que caía de arriba, del tubo roto, al llegar las primeras lluvias del año; mientras mis primos Iván y Joseíto asomados por la ventana de su casa del otro lado de la calle me gritaban cosas, como desesperados con ganas de acompañarme. Pero no lo hacían porque mi tía no estaba con ellos y, les habría dado órdenes de no salir... Aaah, qué tiempos aquellos...!" –Evocó Hilario, de nuevo.

...La otra pendiente mientras tanto corría en sentido opuesto, conectándose entonces a una gran mediaguas de inclinación muchísimo más suave y extendida que las anteriores, la cual a su vez caía en oposición al caballete de drástica inclinación, ya mencionado, de la entrada principal; y, en general, todo discurría en éste según el arreglo constructivo de la casa, en sentido Norte–Sur. Hacia sus amplios patios traseros.

Tal disposición arquitectónica muy básica pero efectiva, dejaba la cumbrera del conjunto en sentido del oriente al poniente, a lo largo de un amplio salón de recibo que la seguía; a noventa grados con respecto a la dirección de acceso por la gran puerta de entrada frontal de doble hoja, que daba hacia la calle Ribas —donde yo jugando me bañaba.

...La cual estaba flanqueada por dos amplios ventanales a tres cuerpos, con dos vanos en sus postigos batientes a izquierda y derecha en cada conjunto (...Construidos debajo de una parte enteriza que formaba la parte superior del marco, a lo ancho de su luz y, de cierta proyección hacia adelante, sujeto arriba a modo de visera; con una porción central más o menos fija pero más pequeña que los ventanillos, conformada por un trabajo de romanilla que también podía abrirse un cierto ángulo, no mucho, plegándose hacia

afuera si se quería mediante un pivote que tenía arriba y, sostenible con unas pequeñas varillas del mismo material con que todo estaba hecho, afincándolas a los costados en unos orificios del recuadro de ambas portezuelas. Todo ello, a su vez guarnecido por sendos marcos corredizos por la cara interior de aquellas, contentivos de una malla mosquitera que se recogía a gusto, cuando se quería tenerlas abiertas, justo al centro y, frente a la antes citada romanilla); adornados los mismos al centro con un bello rosetón, y en los bordes con un tosco pero vistoso trabajo de grabado a escoplo —muy similar a un largo ramillete de laurel—, con que según mi abuelo don Florencio en su elemental concepción de la estética, se habría lucido el artesano carpintero don Olegario Contreras. Amigo suyo que usualmente contrataba para ayudarse con muchos de los detalles, que se le iban ocurriendo durante la construcción.